

## MINUTO CERO

Yolanda de la Torre\*

**A** dónde diablos crees que vas?

La voz a sus espaldas restalló como un latigazo. Él se volvió con lentitud mientras cerraba la puerta apenas entreabierta.

—Iba al baño.

—No puedes. Ni siquiera hay baño aquí. Y ni pienses en escaparte.

—Y qué, ¿me orino encima? ¿O tienes una bacinica a la mano?

—Los que van a morir no deberían pensar en cosas tan fútiles como orinar. Aguántate. Media hora más y no necesitarás la bacinica.

—¿Y a quién demonios estamos esperando? Mátame de una vez.

—¿Tienes miedo?

—¡Por supuesto que tengo miedo! ¡Te volviste loco! Años de conocerte y ahora quieres asesinarme. Tienes que estar loco.

—Loco no, soy paciente. Te elegí hace años pero aún no era tu turno. Y mira que he llegado a apreciarte. Tú no te preocupes. Dentro de veinte minutos lo entenderás todo.

—Y ¿para qué la espera? ¿Qué es lo que voy a entender estando muerto?

—Esperamos la medianoche. La vida eterna.

—¡Cuál vida eterna ni qué nada! ¿Acaso perteneces a una secta de satánicos? Eres un fanático, ¿no es eso?, ¡un lunático!

—No grites. No te servirá de nada. Mejor calla y espera.

\* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Era inútil. Sólo quedaban diez minutos y él seguía a merced de aquel loco. Se orinaba del miedo. Comenzó a sudar. La oscuridad era casi cerrada, sólo interrumpida por un haz de luz que penetraba por la ventana. Él estaba sentado en el suelo con el otro hombre enfrente, vigilándolo atentamente. No podía creer que iba a morir. Estaba aterrado: aquel hombre no le había mostrado un revolver o un cuchillo. Su sola presencia era amenazadora, al grado de que él no se atrevía a mover un músculo. Cinco minutos.

cuatro,  
tres.

—¿Y por qué no me mataste en la calle? Hubiera sido más fácil conducirme a un callejón y pegarme un tiro.

Dos.

El hombre se levantó de su asiento, los ojos inyectados en sangre, la respiración exaltada. Caminó hacia él.

—Porque esto no es un crimen, sino un rito íntimo, unas nupcias de sangre, una iniciación.

Uno.

Él se echó para atrás, pegando su cuerpo a la pared, a un metro de la

puerta. Por segunda vez pensó en huir y corrió hacia la salida. Una mano férrea lo detuvo por el hombro.

—Ya es hora.

Y la boca del hombre se enterró en su cuello.

No supo más hasta pasadas las dos de la mañana. Estaba acostado en el suelo de la misma habitación; el haz de luz —luz de luna— había trepado por la pared.

Lo despertaron las ganas de orinar. Se sentía mareado. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Ya te vas?

La voz, esta vez, sonó amistosa.

—Quiero irme.

De pronto comprendió y dijo:

—¿Por qué no me explicaste todo en lugar de matarme del susto? Tal vez hubiera accedido.

—¿A ser vampiro? No. La inmortalidad se gana por el miedo a la muerte. Sólo así se aprende a matar. Por cierto, el baño está a la izquierda.

—Gracias —contestó y abrió la puerta.

—De nada —dijo el hombre—, también los inmortales lo necesitamos.

